



VOCES BIBLIOTECARIAS, RECORRIDOS LECTORES

CENDIE

BUENOS AIRES EDUCACIÓN

BA

CONTENIDO

| | |
|---|----|
| Presentación | 3 |
| Introducción | 7 |
| Capítulos en el recorrido: infancia, adolescencia y adultez | 7 |
| Los libros | 9 |
| Los libros, esos objetos que contienen historias | |
| Los lugares y los momentos | 11 |
| Historias que atrapan, lugares que cobijan | |
| Los mediadores | 14 |
| El encuentro con otros | |
| La biblioteca como lugar | 15 |
| Bibliotecas escolares, bibliotecas de pueblo, bibliotecas públicas... | |
| Las bibliotecas constituyen el lugar | |
| Consideraciones finales | 16 |
| Bibliografía | 17 |

Dirección General de Cultura y Educación

Voces bibliotecarias, recorridos lectores : guía teórico-práctica ; coordinado por Raquel Bassarotto . - 1a ed. - La Plata : Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, 2014.

E-Book.

ISBN 978-987-676-076-8

1. Documentación. 2. Información. 3. Bibliotecas. I. Bassarotto, Raquel, coord.
CDD 025

© 2014, Dirección General de Cultura y Educación

Subsecretaría de Educación. Calle 13 entre 56 y 57 (1900) La Plata. Provincia de Buenos Aires

Dirección Provincial de Planeamiento

Dirección de Contenidos Educativos | Edición Lic. Leandro Bonavita | Diseño Ariel Tancredi

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta. Hecho el depósito que marca la Ley N° 11.723

dir_contenidos@ed.gba.gov.ar

PRESENTACIÓN

El Centro de Documentación e Información Educativa (Cendie), dependiente de la Dirección Provincial de Planeamiento, presenta con *Voces bibliotecarias, recorridos lectores* un nuevo documento técnico-pedagógico-bibliotecológico destinado a profundizar el diálogo con y entre los colegas bibliotecarios escolares. Estos documentos, elaborados por el equipo técnico pedagógico del Departamento de Documentación –Área Capacitación–, intentarán acompañar la tarea compleja y desafiante del bibliotecario en su interacción con los alumnos, los docentes y la comunidad.

Abrir puertas, derribar muros, facilitar, mediar y compartir la información para producir y ayudar a que otros se apropien y produzcan nuevos conocimientos es un reto que se agudiza en este siglo XXI. En este sentido, creemos que el lugar de las bibliotecas escolares en las instituciones educativas y el rol del bibliotecario en tanto gestor comunicacional y cultural amerita un tiempo de reflexión.

¿Cómo se constituyen en lectores los bibliotecarios? ¿Cuáles fueron sus recorridos? ¿Qué historias los atravesaron e hicieron que en un momento hayan elegido ser bibliotecarios? Al leer las historias en primera persona de muchos colegas, el lector de este documento quizá encuentre una voz, una historia, una escena parecida, o bien, evoque y le permita reconfigurar, hasta resignificar, la propia elección profesional realizada.

En este sentido leer, compartir voces propias y ajenas, experiencias, recuperar escenas de lectura puede ser una buena excusa para redefinir tareas, priorizar acciones y diseñar nuevas estrategias.

Este documento pedagógico –surgido a partir de la capacitación “La biblioteca como centro de recursos de aprendizajes (CREA): el nuevo lector”¹– intenta acompañar el constante proceso de reflexión que como bibliotecarios se hace en torno a la mediación bibliotecaria en la escuela, las diferentes concepciones respecto a la lectura en sus múltiples y variados aspectos y soportes, además de propiciar un reencuentro con las propias prácticas lectoras, es decir pensarse a sí mismo tanto lector como en el rol de mediador. Para ello se ha focalizado en las biografías lectoras de algunos de los bibliotecarios, quienes compartieron sus experiencias.

¹ Módulos elaborados por el equipo de capacitación del Departamento de Documentación: Bib. Mónica Rosso y Esp. Gabriela Purvis. También responsables de la producción de este material.

Consideramos que el trabajo con las biografías, el desandar el propio recorrido, abre ejes para repensar la lectura como objeto de estudio, a la vez que posibilita reflexionar sobre la tarea cotidiana y la forma de resignificar el trabajo de mediación en la formación de otros lectores. La importancia de las biografías lectoras, además, reside en el intento valioso de mirar de manera sistemática las propias prácticas de lectura y las que llevan a cabo con otros como mediadores; en suma, pensar la práctica desde la propia historia.

Nunca sabremos bien cómo llega una persona a hacerse lectora, hay tantos caminos y recorridos posibles como lectores. Se pueden aventurar muchos motivos sobre por qué leer y cada quien tendrá el suyo. El sentido no es algo que esté dado, no es algo que esté allí esperando, se construye de múltiples maneras y a él se llega por diversos atajos (Petit, 2008).

Cuando surgió la idea del curso “La biblioteca como centro de recursos de aprendizajes (CREA): el nuevo lector” quisimos abrir un espacio para la reflexión, pensar el lugar de las bibliotecas –y en particular de las bibliotecas escolares– y los bibliotecarios en el nuevo contexto de época.² La propuesta fue “pensar las bibliotecas (...) desde dos dimensiones: como un lugar cargado de significación en cuanto lugar de encuentro (...) y también como lugar que se resignifica en la escuela como un centro de recursos para la enseñanza y el aprendizaje (CREA) como un elemento más, pero de suma importancia, en la cultura escolar, promoviendo de esta manera el fortalecimiento de las bibliotecas en las escuelas” (DGcYE, 2010).³

De esta manera propiciamos –en una mirada de larga duración– un recorrido por la historia del libro, las bibliotecas y la lectura, desde las tablas de arcilla sumerias, de paso por el código hasta el texto en pantalla actual (el hipertexto) en un intento por rastrear transformaciones, rupturas y continuidades en los modos de leer que ayudarán a pensar y situar en perspectiva las mutaciones que atraviesan las prácticas de lectura y escritura en la actualidad. En este camino abrimos también un espacio (módulo) exclusivamente dedicado a pensar los propios recorridos lectores, las biografías lectoras (DGcYE, 2010).

Es preciso indicar que, como mediadores, el ejercicio de pensarse a sí mismo como lector es insoslayable. Los relatos que nos llegaron fueron sorprendentes. Transitar este momento en el curso fue para nosotras una de las experiencias más enriquecedoras: obligó a otro ritmo de trabajo, una nueva temporalidad –ese tiempo lento de la lectura, el de meterse en una historia, la del otro, en este caso la de los bibliotecarios capacitadores–, la de leer y escuchar al otro, porque la lectura, como se sabe, es ese tiempo dentro del tiempo, y eso sucedió.

En ese sentido, rescatamos para este trabajo algunos de los recuerdos presentes con las imágenes de la actividad que inició el curso (“La biblioteca como centro de recursos de aprendizajes –CREA–: el nuevo lector”). Se trató de la tarea denominada “El hilo de la memoria”, a partir de la cual propusimos a cada uno ubicarse en una larga temporalidad como lectores, ingresar en el laberinto de la memoria, intentar recuperar sensaciones, palabras y momentos (se utilizó para ello una serie de imágenes: portafolio, libro de lectura escolar, máquina de escribir, e-book, entre otras).

La idea era elegir una de ellas y, de acuerdo a distintas preguntas, “tirar del hilo de su memoria”.

² “La irrupción y expansión de las tecnologías de la información y la comunicación en sus múltiples manifestaciones (...) –Internet, telefonía móvil, dispositivos multimedia, televisión digital, agendas electrónicas, etc.– han invadido el ocio, el hogar, lo laboral, la vida cotidiana de tal forma que están provocando una mutación radical, casi revolucionaria, en las formas de producción, difusión y consumo de la información, el conocimiento y la cultura (Área Moreira y Ortiz Cruz, 2010)”.

³ Se habla de la biblioteca como lugar de encuentro tanto en el sentido material como simbólico, espacio y lugar que permite el encuentro con otros y con uno mismo.

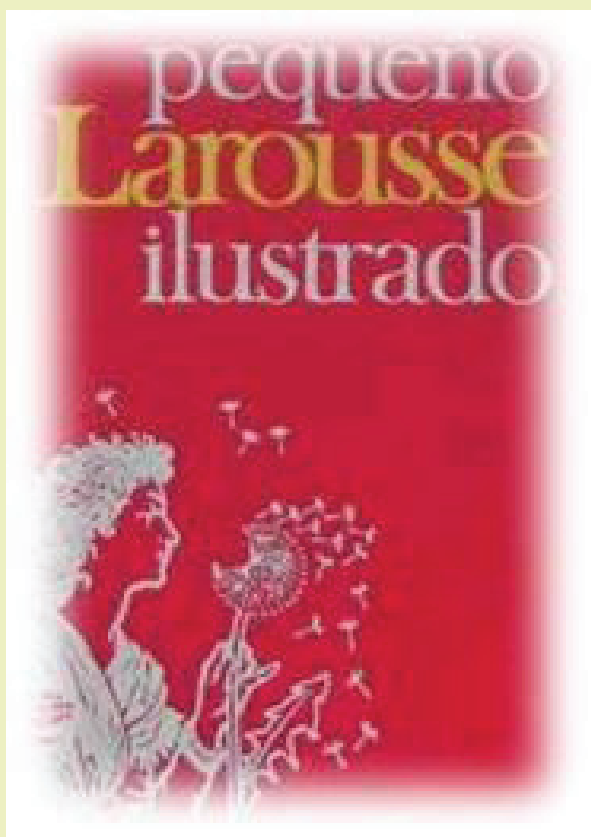
Algunos de esos interrogantes fueron: “¿la imagen elegida está unida a su niñez, adolescencia, o bien, es cercana en el tiempo? ¿Pueden rememorar sensaciones relacionadas a ese objeto o situación? ¿Cuáles? ¿Expectativa, temor, alegría, maravilla, aburrimiento? ¿Por qué intuyen que eligieron una imagen y no otra? Traten de contar el momento de su vida, la experiencia significativa o la simple relación que tienen con el objeto representado”.

Recuerdos de la infancia, de la adolescencia, familiares, personales, de objetos queridos que se creían quizás olvidados, todas esas cuestiones salieron con fuerza a la luz a partir de la actividad. Incluso llevó a revisar nuestras propias biografías lectoras. A continuación se desarrollan algunos fragmentos de esos recorridos.



Tamborcito de Tacuarí relata las acciones del valiente niño que supo conducir a los soldados del general Manuel Belgrano, en el combate de Tacuarí (Paraguay).

“En el hilo de la memoria lo que me impactó fue el cuaderno del *Tamborcito de Tacuarí* ya que no lo había vuelto a ver, los libros de la Colección Billiken (leí y releí *Papaito piernas largas*) y en la biografía lectora los relatos orales de mi papá, él leyendo, luego del duro trabajo en el campo, totalmente aislado, las novelas por entregas semanales que leía mi mamá, las peleas por quien leía primero las historietas, mi maestra de tercero, que como amiga de la familia unos años después me prestaba libros de grandes y mi trabajo en la biblioteca de la escuela primaria primero y como ayudante en la pública mientras cursaba el secundario” (Mónica Rosso).



Pierre-Athanase Larousse creó su editorial en 1851. La primera edición en español de *El pequeño Larousse ilustrado* fue publicada en 1912.

“El rojo de la tapa de aquel diccionario Larousse –el famoso *Pequeño Larousse ilustrado*, cualidad ésta de su tamaño que tantas bromas nos ha hecho hacer de chicas con mi hermana cada vez que lo agarrábamos– me invita a tirar del hilo (...) es como si ese diccionario que veo fuese el mío, el Larousse de mis tardes y noches de deberes (antes de la cena, recuerdo precisamente extendernos hasta esa hora por el ruido de ollas, el olor de comidas a medio preparar de mi abuela) (...) tal la identificación que me produce esa imagen. Me veo sentada en la punta de la mesa, mi hermana enfrente mío con hojas, carpetas y manuales abiertos por igual (...) y el diccionario. Me gustaba de por si buscar en él, sentía que hacía algo importante y más aun sentir mis dedos hundirse en esos huecos de papel que contenía una letra cada uno. Para hacer los deberes teníamos un mantel de un rojo desgastado que mi mamá ya no usaba, que por supuesto era el mantel de hacer los deberes (es increíble como una frase tan coloquial para algunos puede cargarse de tanto significado para otros) (...) ‘Pongan el mantel’, decía mi mamá, para que la mesa no se raye. Pero terminábamos rayando el mantel, escribiendo en el mantel, haciendo cuentas en el mantel, resumiendo, trazando círculos con el compás, escribiendo nuestros nombres, el de nuestras amigas y el de los chicos que nos gustaban... (Gabriela Purvis).

A modo de cierre de la presentación van estas palabras como muestra de gratitud y agradecimiento a la apertura que tuvieron las bibliotecarias con la propuesta de pensarse en relación a los textos, por arriesgarse a encontrar esos caminos personales que –ya se verá– en muchos casos las sorprendió al evocar imágenes de infancia, por dejarse asombrar, inundar de emociones y por permitirnos a nosotras compartir las experiencias.

Introducción

“Todo lo que soy es parte de lo que vislumbré a lo largo de mi vida en el encuentro con las personas, la palabra y los libros”.

En cada etapa de la vida uno es marcado por una lectura diferente, por libros que llegan a la mano nunca de manera azarosa. Es cierto que esas mismas lecturas muchas veces están estrechamente asociadas a ciertas personas, a momentos y lugares particulares; incluso a olores. Así lo sostiene la escritora y traductora argentina Graciela Montes (1999) “(...) Una puerta. La ocasión. Un lugar y un tiempo propicios. (...) Un altillo. Un árbol. Los bajos de una mesa. (...) El cuarto. (...) Y no sólo el espacio en el espacio sino el espacio en el tiempo. (...) Una cierta hora vacía. Un blanco en el suceder de los acontecimientos. La hora de la siesta. El ocio. Las vacaciones. Las largas esperas. Las noches de verano después de la cena. Hay siempre un momento y un escenario que parecen abrirse para que suceda en ellos algo diferente (...)”. Y todos, como lectores, transcurrieron ese tiempo dentro del tiempo y ese espacio dentro del espacio, esos blancos de los que habla Montes, la “habitación propia” de Virginia Woolf (1987).

Encontramos así una constante en los relatos, mismos lugares y momentos: la hora de la siesta, un árbol, una terraza o la cama. Pero también lugares como el baño o las estanterías de un supermercado, porque como sostiene Aidan Chambers (2009) “la lectura siempre tiene que ocurrir en algún lado”.

Estos momentos, estas suspensiones en el tiempo, son estimulados e iniciados generalmente por alguien, un mediador, que en la infancia suele ser un familiar, un maestro o un bibliotecario, pero a veces es el propio deseo de conocer, de acercarse a ese universo misterioso de signos que son las letras sobre el papel (a veces vedado), el que lleva a alguien al encuentro con la lectura.

Capítulos en el recorrido: infancia, adolescencia y adultez

Conmovedoras y numerosas fueron las evocaciones de situaciones de lectura en la infancia, casi siempre asociadas a escuchar leer, a la musicalidad de las palabras.

“Cierro los ojos y me veo de muy chiquita, tres o cuatro años, no más, escuchando un cuento que mis tías habían descartado, esos cuentos en un disco de pasta que venían con un libro. Recuerdo que intentaba leer a partir de lo que escuchaba”.

“Mi biografía lectora se inicia leyendo a María Elena de muy chica; escuchaba sus canciones, cantando, bailando y actuando de reina batata, me apasionaban las rimas. (...) me hacían volar, eran música para el alma”.

“Mi historia con la lectura empezó de muy chiquita y de la mano de la bibliotecaria de la escuela (...) ella hablaba a través de sus libros, todavía recuerdo su voz”.

Cómo se convierte uno en lector es todavía un misterio; como sostiene Petit (2007) es más probable que uno se vuelva lector si vio en su casa a personas leer, si tuvo desde chico contacto con libros, pero es cierto también

que se encuentran muchos relatos de personas que aun sin haber tenido –o haber sido escasos los libros en su hogar– muestran ya una avidez por la lectura, quizá precisamente por aquello que falta, que no está al alcance, es que se encuentra todo tipo de astucias para sortear los obstáculos y encontrar el sentido.⁴

“(…) solo recuerdo el contacto con libros dentro del ámbito escolar, en mi casa no se leía. Había cosas más importantes que hacer antes de sentarse a leer, como limpiar, cocinar, atender a mis hermanos, a mi padre cuando llegaba de trabajar, por sobre todo, la cultura que trataban de imponernos era solo la del trabajo: sin él, no se llega a nada”.

“En mi hogar había muy pocos textos, ni tv, ni revistas, solo una radio, cada vez que hacían las compras del mes tenía desesperación por rescatar los diarios en que venían algunos comestibles envueltos”.

“Pude leer ‘mi primer libro’ a los 12 años cuando llegó a mis manos el libro de José Mauro de Vasconcelos, pero para poder leerlo me encerraba en el baño y dejaba correr la ducha, para que no me retaran”.

“Esa lectura ‘robada’ era muy sabrosa, envuelta en lo prohibido, era una verdadera aventura (…). Esta impronta de leer en secreto marcó mi adolescencia (…)”.

“Sé que aprendí a leer antes de ingresar a la escuela primaria, por estimulación familiar y, a la vez, por una necesidad personal”.

“Mi familia, de clase media baja, no disponía de muchos libros en la casa, pero contaban con un bagaje de valores, entre los que estaba el estudio y la educación como primordiales”.

“Creo que no teníamos televisión y es por eso que leíamos más, nos conectábamos con el libro. Recuerdo que me devoraba los mitos y leyendas de los *Lo sé todo*. También en mi casa se compraba la revista selecciones del *Reader´s Digest*, y qué decir de las biblias que teníamos en la biblioteca de la casa. En mi infancia tuve muchas privaciones, de ropa y calzado, pero los libros y revistas fueron la prioridad de compra para mis padres. Por eso agradezco a ellos el amor por los libros”.

Otras veces, la escuela, que es la que debería propiciar el acercamiento a los libros, es la misma que aleja de la lectura.

“Soy lectora a pesar de la escuela”.

“Hoy me defino como lectora compulsiva (…)”.

“Ya en la escuela primaria tuve una primera decepción. En primer grado, esperaba con ansiedad que me pidieran mi primer libro de lectura y no sé por qué cuestión pedagógica o corriente de enseñanza lo único que me pidieron fueron unas fichas con colores y dibujos, con los que me iban a enseñar a leer. Sí me acuerdo que la ficha amarilla significaba ‘¡la!’, pero para este punto sabía leer”.

⁴ El sentido no es algo que esté dado, no es algo que esté allí a la espera, se construye de múltiples maneras y se llega por diversos atajos.

“A los diez años creo que no hacía otra cosa que leer”.

“En mi historia lectora no recibí desde la escuela demasiados ejemplos lectores, sí tuve la fortuna de ver personas lectoras en mi casa quienes me contagiaron el gusto por la lectura”.

“Con respecto a mis primeras lecturas, las escolares fueron demasiado forzadas, recuerdo a *Mi amigo Gregorio*, aunque solo su dibujito en la tapa del libro. Creo que soy uno de esos lectores que se formó a pesar de la escuela”.

Los libros

Un libro es una o muchas historias, una o varias vidas, vividas como propias durante el tiempo que dura su lectura. Pero un libro es también su materialidad: aquellas tapas que de chicos nos hacían soñar, los lomos rojos o amarillos con letras brillantes de alguna colección, el olor que emanaba de sus hojas al tenerlo entre las manos. Quién podría negar ese cuerpo a cuerpo con el libro, el olor a viejo, a revistas humedecidas, el contacto con esa humedad propia del verano (que se confunde tanto con los olores de la infancia y de los lugares de la casa en que se leía), o bien hoy, el olor a libro recién comprado, listo para empezar, con todo el enigma que guarda la primera página (¿quién no leyó las primeras oraciones de ese libro solo para deleitarse con la dilación de dejarlo en ese punto y saber que se va a retomar después?). Incluso en la librería hay libros que conquistan por algunas frases salteadas, sin ninguna recomendación ni carta de presentación más que esa profunda intuición iluminadora de que esa publicación debe ir a casa. Y por qué no el olor del libro del otro, del que lo prestó, la firma en la primera hoja, el hecho de apropiárselo.⁵

Los libros, esos objetos que contienen historias



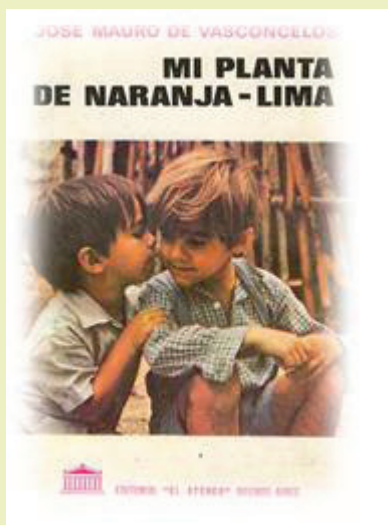
La colección Robin Hood es una de las colecciones de libros de literatura juvenil más reconocidas de la Argentina. Hizo su aparición en 1941 y siguió sin interrupciones hasta principios de la década del 90.

⁵ Roger Chartier es quizá quien más ha insistido en este aspecto material del libro. En su obra el autor cita una declaración de Borges a cuenta de esta tensión entre la inmaterialidad de las obras (la pura abstracción textual para algunos, el texto como substancia) y la materialidad de los textos, que para Chartier determina la manera en que el lector se apropia del texto, es decir, la construcción del sentido. Dice Borges, en el afán de dejar sentado su desinterés acerca del aspecto físico del libro: “no me interesan los libros físicamente, (...) sino las diversas valoraciones que el libro ha recibido”, para más adelante agregar “(...) Todavía recuerdo aquellos viejos volúmenes rojos con letras estampadas en oro de la edición Garnier. En algún momento la biblioteca de mi padre se fragmentó, y cuando leí *El Quijote* en otra edición tuve la sensación de que no era el verdadero. Más tarde hice que un amigo me consiguiera la edición de Garnier, con los mismos grabados en acero, las mismas notas a pie de página (...) considero que ése es el verdadero Quijote” (Chartier, 2006).

Los lugares y los momentos

Cuenta Graciela Montes (1999) que todos tenemos “(...) la sensación de casa, de hueco. Podía estar o no vinculado con una persona. (...) otras veces era un sillón, un lugar de la casa, una postura del cuerpo, una cierta hora del día, el olor del libro (...) la sensación de haber llegado a casa. (...) todos tuvimos un instante de cuerpo a cuerpo, algún hueco en la almohada, un atisbo de libro de tapas rojas. La memoria de esos cuerpos, aunque abrumada por el escombros aun nos pertenece (...)”. Aparecen aquí o bien hace referencia a los libros a los que se vuelve una y otra vez, aquellos que dejaron huella.

Historias que atrapan, lugares que cobijan



Mi planta de naranja lima es una novela de José Mauro de Vasconcelos, constituye una de las novelas más leídas de la literatura de Brasil.

“Evoqué con ternura la lectura de *Mi planta de naranja lima*, que hoy releuyéndolo de adulta todavía me conmueve y me transporta a esas sensaciones infantiles. Además de reflexionar sobre las huellas que van dejando las personas en cada uno de nosotros. ¡Qué buen ejercicio emocional esto de recorrer escenas guardadas en nuestro interior!”.



“Heredé de una prima la colección ‘Selecciones Juveniles’. No se pueden imaginar las cosas que aprendí de ellas. Con la literatura me encontré en la secundaria, no antes. El libro que, por esas cosas de la vida que nunca sabré, me llegó al alma fue *El túnel* de Ernesto Sábato. Recuerdo haber pasado horas en la biblioteca del Nacional de Merlo”.

Corazón es una obra literaria escrita por el autor italiano Edmondo de Amicis, destacado novelista y creador de libros de viajes.

“La niñez me abrió los ojos al mundo con *Corazón*, de Edmundo D’Amicis, luego llegaron *Mujercitas*, de L. M. Alcott y varios de los que ella escribió, Emilio Salgari con *Sandokán*, *El corsario negro*, *La reina del Caribe* y otros tantos”.

“Leo mucho los libros de Saramago, soy fiel seguidora de sus ensayos. Su *Ensayo sobre la ceguera* me ha marcado a fuego”.

“Recuerdo esperar los días jueves por la mañana, largo rato en la vereda, para que el diariero trajera el *Anteojito* y me lo diera a mí antes que a mis hermanos (ya que soy la cuarta de cinco hermanos)”.

Lugares para la lectura, leer donde sea, leer allí dónde (y cuándo) asalta el deseo...

“Mis lugares de lectura eran en general la cama (costumbre que sigo cultivando) y arriba de los árboles del fondo de mi casa, un ambiente especial que me ocupaba de crear en donde fuera”.

“Descubrí unas tías de mi esposo que me hicieron acercar al libro, ‘las tías de Haedo’, una de ellas era una gran lectora, Beba, recuerdo que decía en forma elegante cuando alguien estaba en el baño: ‘está en la biblioteca’, todos nos reíamos”.

“Durante mi adolescencia tengo el recuerdo nítido de las tardes de verano cuando mi casa y el barrio dormían en el cálido silencio de la siesta obligada, sentarme entonces en los escalones de mi casa, lugar muy fresco y tranquilo, con un durazno fresquito, a leer”.

“Amigos de siestas, de noches con el velador tapado para que no se vea tanta luz, para no decir que la lectura me robaba las horas de sueño pero me transportaba a otros mundos, otras vidas”.

“Y así las poesías de amor leídas, memorizadas y recitadas entre amigas era un platillo de las siestas de verano trepadas al corralón que unía nuestras casas”.

“El profesor nos leyó ‘Ruinas circulares’ de Borges. Nadie entendió nada, explicó el significado del cuento, los símbolos que Borges utilizaba. Quedé deslumbrada, comentó que en el café ‘Tortoni’ solían reunirse músicos y escritores. Mis compañeros y yo nos miramos, ‘¡tenemos que conocer ese lugar!’ A los pocos días estábamos sentados en las sillas del histórico café, pensando ‘acá estuvieron Roberto Arlt, Borges, Alfonsina Storni y tantos grandes”.

Incluso aparecen en los relatos lugares no tan convencionales.

“Con mis compañeras de escuela nos juntábamos los sábados a jugar y nuestro juego preferido era la lectura de recetarios culinarios, otro lugar de lectura era la iglesia”.

“Una de mis primeras bibliotecas, como lugar de encuentro y constructora de subjetividad, fue la improvisada estantería de aquel despersonalizado espacio de un supermercado”.

En ocasiones, libros y personas se anudan de tal manera en el recuerdo que se hace imposible separar uno de otro.

“Españaba por las espaldas al abuelo Miguel, que con sus inmensas manos leía *Las mil y una noche*, en árabe. Esos signos se me imaginaban bailando sobre el papel y hoy los recuerdo con nostalgia. Me leía algún párrafo de las historias que Scheherezade le contaba al sultán Shahriar”.

“Recuerdo cómo mamá nos narraba los cuentos tradicionales ‘Blancanieves’, ¡qué miedo me daba la bruja!; ‘Hansel y Gretel’ (otro llanto debajo de las sábanas)”.

“En la adolescencia leíamos con una amiga en las vacaciones o tardes libres, tal vez porque eran libros de terror y juntas teníamos menos miedo; Sara T, *El Exorcista*, *Nacida inocente*, entre otros. Una leía y la otra escuchaba. Pasado un rato, los lugares de lector y oyente se invertían”.

“En la adolescencia se me cumplió el sueño compartido con mi abuela de viajar y vivir momentos inimaginables. Instalados en la ciudad de Cali descubrí una novela romántica de un autor del Departamento del Valle del Cauca, Jorge Isaac: *María*, qué historia bella y triste a la vez, pero atrayente con los condimentos justos para una adolescente”.

“Siento el olor a los libros viejos que aun así me gustaban. Recuerdo que mi abuela Tata sacaba de un cajón de madera que tenía en su dormitorio un par de libros, entre ellos recuerdo *Los tres chanchitos*, *Blancanieves* y *Cenicienta*”.

“Ya tenía un recorrido lector antes de la lectura de *Las medias de los flamencos*, pero esa situación de lectura, esa maestra, me impactó tanto que a más de 30 años aun recuerdo la emoción que provocó en mí, escucharla”.



“Las medias de los flamencos” es un cuento del escritor Horacio Quiroga que forma parte de la obra para niños *Cuentos de la selva*.

Los mediadores

“Al igual que en el amor, lector y lectura se encuentran. Lector y lectura solo existen por y para el otro, desde la entrega absoluta. La lectura requiere una experiencia personal e íntima, pero que debe ser acompañada en el inicio por quien sea capaz de experimentar ese sentimiento, y de transmitirlo. Un ‘celestino’ que los presente y los reúna; que les allane el camino, que les propicie el encuentro”.

El encuentro con otros

Los fragmentos hablan por sí mismos, padres, madres, docentes, bibliotecarios, abuelos y abuelas, tíos y tías, hermanas, todos puentes hacia el libro y la lectura.

“Mis mediadores primarios fueron mis padres, desde que nació. Siempre los veía leyendo o nos leían en voz alta, a mis hermanas y a mí. A veces mi madre nos llamaba a todas (somos tres) para comentarnos la lectura de algún libro interesante. O algún chiste de selecciones del *‘Reader’s Digest’*, relatos de la Biblia para niños, lo comentábamos entre todos y esas experiencias lectoras nos alimentaban cada vez más, hasta la adultez”.

“Si puedo decir de alguien que me invitó a la lectura permanentemente fue mi papá. Siempre lo vi leyendo”.

“Las personas que más ejercieron influencia en mi amor hacia los libros fueron mi mamá y mi abuelo. Él tenía una gran biblioteca, muy organizada, la mayoría de sus libros en la actualidad forman parte de mi biblioteca personal”.

“Yo no sabía leer y siempre perseguía a mi hermana para que develara los misterios que guardaban esos libros que miraba una y otra vez, porque siempre los tenía al alcance de mi mano”.

“Con nosotros vivía mi tía. No recuerdo si antes de sus problemas físicos ya era una ávida lectora o sus gustos por los libros nacieron con su enfermedad, ella fue la primera mediadora que provocó mi encuentro con los libros”.

“Admiro a mi madre por el hecho de haberme acercado con mucho sacrificio y con un compromiso firme a los textos sobre ciencia y tecnología desde muy chico; también recuerdo el apoyo del kiosquero amigo, que me reservaba el material, o me lo fiaba”.

“Había un abuelo que se preocupaba todas las mañanas en leer para mí los titulares del diario y era un momento cargado de emoción, de amor definitivamente, estar en su falda abrazada a él mientras esos dibujos se convertían en palabras”.

“Al recordar cómo fue mi acercamiento a los libros y a la lectura no puedo dejar de pensar en lo importante que fue para esto mi mamá. Ella fue la que nos contagió a todos mis hermanos (ya que todos son muy lectores) el gusto por la lectura, la escritura y la música”.

“Mi padre cuando venía de su trabajo nos sentaba a los cuatro hermanos en unos silloncitos de caña y nos leía o inventaba algún cuento, hacía juegos, mientras mi madre preparaba la cena”.

En ocasiones son tan fuertes los vínculos, las mediaciones que terminan por desatar vocaciones.

“La verdad siento que la biblioteca me atrapó desde la infancia. En la secundaria seguí encontrando en la biblioteca un lugar de pertenencia. Al finalizar mi 5^{to} año, en el acto de colación, me preguntaron que quería seguir estudiando y les dije quiero ser bibliotecaria”.

La biblioteca como lugar

“Desde mi experiencia docente bibliotecaria, mi propósito es acercar a mis alumnos al libro, hacer que la biblioteca sea un lugar de encuentro con el libro pero también con un otro que escucha, que comparte y que dialoga”.

“Mi historia con la lectura empezó de muy chiquita y de la mano de la bibliotecaria de la escuela”.

Bibliotecas escolares, bibliotecas del pueblo, bibliotecas públicas... las bibliotecas constituyen el lugar

“La biblioteca es el lugar donde el lector y el libro se encuentran, donde se producen lazos que perduran a lo largo de toda la vida. Mis mejores lecturas ocurrieron gracias a un bibliotecario”.

“Teresita, mi bibliotecaria del secundario, cuántas horas escapada del aula y escondida en la biblioteca de mi querido colegio Rivadavia. Bueno sería analizar en qué espacio aprendí más, si en las ruidosas aulas o en la tenue luz de aquella biblioteca, enorme, hermosa, con olor a libros y madera”.

“En mi escuela no había biblioteca pero existía la biblioteca del club, cuantas horas pasaba allí con mi madre. Era un placer y las personas que atendían nos dejaban decidir y elegir tranquilamente”.

“Como parte de mi historia aparece mi abuela materna, otro de mis mediadores no escolarizados, me llevaba a la biblioteca pública del pueblo, ya que en ese entonces vivía en el campo; quién retiraba libros para que yo leyera (recuerdo su frase ‘Que tengas algo para leer, siempre’).”

“En cada recreo mi presencia ocupaba ese gran sitio: recorría sus catálogos manuales solo para descubrir obras. Esporádicamente me encontraba pidiendo un video de un documental y mirándolo solo en la sala de video. Por aquellos días no comprendí el valor de lo que se estaba gestando allí, en la construcción de mi subjetividad”.

“La verdad no recuerdo su nombre, no era muy ‘conversadora’, ella hablaba y enseñaba con sus acciones, la biblioteca estaba impecable pero siempre llena de chicos buscando qué leer, ella hablaba a través de sus libros, recuerdo su voz clara. Yo iba a la biblio a ‘alquilar’ libros, no sé por qué tenía ese concepto tan errado y siempre me decía, los libros no se alquilan, se prestan”.

“Hoy son mis manos las que acercan un poco de mundo a ese pequeño o a esa otra pequeña que mira con ansias los estantes que están altos, muy altos pero no tanto para los brazos mágicos de un buen bibliotecario”.

“Como bibliotecaria debo poner libros al alcance de los alumnos, libros que valgan la pena de ser leídos y que puedan ser tocados y gastados”.

En consecuencia, hay mediadores facilitadores, puentes hacia los libros, pero en estas biografías lectoras aparecen también los otros, los que a veces por efecto contrario terminan por hacer aflorar aun más la curiosidad del futuro lector.

“La bibliotecaria de la escuela a la que yo concurría no quería que le tocáramos los libros porque los desacomodábamos, debíamos esperar a que nos atendiera y si tomábamos algún libro del estante por curiosidad nos gritaba un poco, no era muy grato concurrir a la biblioteca. Teniendo en cuenta esto, siempre traté de que la biblioteca sea un lugar lindo, cómodo, alegre y de buen trato para atraer a los niños”.

Consideraciones finales

Se lee a pesar de todo, de la escuela, de los padres, de los contextos familiares y sociales. O con todo eso. Se lee por necesidad o por deseo. Desde temprano –se ve en los relatos– las palabras ejercen fascinación: fascinación por libros que no son propios (los de una hermana, los de un abuelo del que se hereda la biblioteca), por los libros inalcanzables (en aquellos estantes altos donde los libros constituyen un misterio y el bibliotecario un celoso guardián, o simplemente porque no estaban disponibles en la casa), por develar el secreto de cada historia contenido en unas tapas que llaman la atención.

Se advierte en las historias que el amor por la lectura, por los libros, está inevitablemente atravesado por vínculos entrañables. Los bibliotecarios han dado cuenta también de que este ejercicio de revisar su recorrido lector ha sido un camino para volver a mirar la propia biografía: “a mi particularmente me sirvió para desandar mi camino como lector”, para mirar de manera más sistemática sus prácticas de lectura y las que llevan a cabo con otros como mediadores; en suma, pensar la práctica desde la propia historia, lo que los llevó a conectarse con emociones íntimas y personales, lo cual condujo a resignificar la tarea cotidiana.⁶

Dice Pètit (2007) en uno de sus libros que “(...) Hay gente (...) que habla de literatura en los salones y que nos hace sentir, al escucharla, que nunca ha conocido esa experiencia, esa alteración. No ha buscado en los libros más que la forma de impresionar a sus amigos. Habla de la literatura y es como si personas frías le hablaran a uno sobre el amor carnal”. No es este el caso de los bibliotecarios capacitadores: ellos han experimentado este amor del que habla Pètit, este encuentro íntimo con la

⁶ “(...) Todo lo realizado en el curso hasta el momento sirvió de disparador para abrir una puerta a las emociones”, relata una capacitadora en su biografía.

lectura, sus palabras dan cuenta de ello. Debe haber un convencimiento de que lo que está en juego es también la relación personal del mediador con la lectura. En ese sentido, nadie puede dar lo que no tiene.

Por compartir sus recuerdos, sus palabras, agradecemos a: Nora Antón, Helga Aquino, Irene Barrueco, Gastón Bellafanti, Claudia Boffi, Mónica Cabral, Graciela Caramanica, Fedra Caron, Lidia Cerecedo, Evangelina Drachenberg, Marcela Estaiye, Iliana Falconnat, Claudia Farías, Claudia Fernandino, Susana Ferrarasi, Mario Fretes, Mariana González, María Lescano, Ceferino Liébana, Claudia Mendico, María Inés Minassián, Alba Nascimbene, Adriana Orona, Silvina Panaitescu, María de los Ángeles Peralta, Mónica Peralta, Evangelina Perri, Rosa Rodríguez, Nancy Rojas, Patricia Romano, Eliana Saavedra, Miriam Santiago, Patricia Tagliaferro, Eleonora Taurizano, Claudia Torres, Ana Lía Traversa, Nancy Vanini y Virginia Verdugo (bibliotecarios capacitadores del Cendie).

Bibliografía

Área Moreira, Manuel y Ortiz Cruz, Manuel. *Bibliotecas Escolares: ¿El último reino de papel?* Tenerife, Centro del Profesorado Valle de La Orotava, 2010.

Chambers, Aidan, *El ambiente de la lectura*. México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Chartier, Roger, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y Literatura (siglos XI – XVIII)*. Buenos Aires, Katz, 2006.

Chartier, Roger, *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, Gedisa, 1992.

DGCYE, “La biblioteca como centro de recursos de aprendizaje (CREA). El nuevo lector”. Módulos I, II, III, IV y V. La Plata, DGCYE (Cendie), 2010.

Montes, Graciela, *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Petit, Michèle, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Petit, Michèle, *Una infancia en el país de los libros*. Barcelona, Océano Travesía, 2008.

Gobernador
Dn. Daniel Scioli

Directora General de Cultura y Educación
Presidente del Consejo General de Cultura y Educación
Dra. Nora De Lucia

Vicepresidente 1ro del Consejo General de Cultura y Educación
Dr. Claudio Crissio

Subsecretario de Gestión Educativa
(a cargo de la Subsecretaría de Educación)
Dr. Néstor Ribet

Directora Provincial de Planeamiento
Lic. Marisa Paviskov

Directora de Información y Estadística
Lic. Andrea Mirc

Directora de Prospectiva e Investigación Educativa
Lic. Silvia Puccini

Director del Cendie
Prof. Rafael Gagliano

Director Provincial de Proyectos Especiales
Ing. Pablo Barbosa

Director de Contenidos Educativos
Prof. Fernando Arce